Barca que por los mares me conduces,
Faro que con tus luces
Finges del alma la ilusión risueña,
Ligera y elegante mariposa
Que vas de rosa en rosa
Como la ola en la mar de peña en peña.

—

Luna de plata que en la mar te miras,
Corazón que suspiras
Al palpitar por tu ideal soñado...
Lágrimas que caeis del rostro mío
Cual gotas de rocío...
Si todo esto es amar... yo siempre he amado.»

—

Así dijo una voz. Era la hora
De la radiante aurora,
En que despierta soñoliento el día,
Mientras del manto de la noche densa
La obscuridad inmensa
Se extingue en la difusa lejanía.

—

Elevando á los cielos su diaria
Y ferviente plegaria,
Crecía el mar con ímpetu violento,
Su tallo erguían las fragantes flores
De brillantes colores,
Y susurraba en la arboleda el viento.

—

Mas de aquel canto, apasionado y rudo,
Nada descubrir pudo
La refulgente claridad del día;
Nunca del sol el majestuoso imperio
Penetrará el misterio
De la noche patética y sombría.

—

Jamás su hermosa luz resplandeciente
Que al nacer en Oriente,
Fecunda de sonrisas la mañana,
Pudo encontrar, en su ideal, dormido
Al pájaro en el nido
Ni en la torre gigante á la campana.

—

Solo, pues, vióse, por la mar bravía,
Una barca vacía
Flotar vagando entre la densa bruma...
Y en la extensión de la arenosa playa
Una rojiza raya
De ensangrentada y palpitante espuma.

MARIANO DE VAL

EL PATIO

(CARTA ABIERTA, QUE DEBÍA SER CERRADA)

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, 18, que es donde está la Redacción de LETRAS DE MOLDE.

Mi querido Director: Los hermanos Alvarez Quintero, de quien ya sabe usted que soy uña y carne, han recibido una carta de usted en la que les pide cuatro ó seis palabras respecto de la comedia cuyo título encabeza estas líneas. Usted, señor Director, se ha olvidado sin duda de que los autores *de esa comedia son ellos. De no ser así no se explica* su petición de usted, por ser cosa natural y corriente en esta tierra que todo el mundo hable de las obras de todo el mundo menos el propio interesado.

Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, es el caso que leer mis amigos su carta de usted y ponerse á temblar como en noche de estreno, todo fué uno. «¿Quién no le contesta á este hombre?»—se preguntaron perplejos y confusos.—«¿Y quién le contesta?» —volvieron á preguntarse más confusos y más perplejos todavía. Y como conmigo tienen entera confianza y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy su paño de lágrimas en muchas ocasiones y más bueno que una bizcotela, á mi vinieron á contarme su apuro. Yo los oí como quien oye silbar (que es todo lo contrario de como quien oye llover), y luego de serias discusiones, en que estuvo á punto de romperse el hilo de nuestra buena amistad, determinaron que yo cargase con el muerto de la contestación, aunque pidiéndome por la salud de toda mi familia que no lo echase á broma, como acostumbro echarlo todo.

Y aquí me tiene usted con el muerto al hombro, completamente decidido á soltar la carga cuanto antes. A ver qué tal me explico.

Yo sé de buena tinta que ellos este verano, antes de lo de la peste bubónica, se propusieron entre otras cosas lo siguiente:

1.° Escribir una comedia de costumbres sevillanas.
2.° Que la tal comedia se titulase *El Patio*.
3.° Que tuviera dos actos.
4.° Que estuviese en prosa, aparte la redondilla final.
5.° y último. Que, á ser posible, no saliese un *buñuelo* en vez de una comedia. (Que saliese un *sainete* no les pasó por la imaginación.)

Es claro que al titularse *El Patio* la comedia, al llevar por título el *lugar de la acción*, no podía ni debía ser otra cosa que fiel reflejo de la vida de la gente sevillana en el patio, ya durante las horas en que burla la vela los rayos del sol, ya cuando se repliega respetuosa para dejar que pasen los de la luna. Y dicho y hecho: para no desairar ni al sol, ni á la luna, ni á las estrellas (no les gusta molestar á nadie), y como tan pintoresco y digno de estudio es un patio de noche como de día, decidieron que el primer acto pasase de día y el segundo de noche. En lo cual me parece á mí que, como se dice ahora, *no estuvieron pesados*.

Puede que me ciegue la pasión.

Una acción complicada, laberíntica (me da el corazón que lo estoy tomando muy en serio), ó sin ser laberíntica ni complicada, y apelando á un término taurino, de *muchas libras*, hubiese excluído por completo los *elementos pintorescos* de la comedia. Y claro es que excluídos estos elementos ó absorbidos por la importancia de la acción, la comedia se llamaría *Los nervios de Carmen* ó *El novio al paño* ó *Las paces inesperadas* ú otra cualquier cosa; pero lo que es *El Patio*, no. Y como la comedia que ellos han querido hacer es *El Patio*, y les gusta mucho que les salga lo que quieren hacer (esto me consta de un modo indudable), de ahí que imaginaran una acción muy sencilla, inspirada en la índole de los sucesos más propios y corrientes en los simpáticos patios de su tierra.

Si todo lo que ocurre en *El Patio* pudiera igualmente pasar en una sala, en un pasillo, en un pajar ó en una azotea, tendríamos que convenir que mis amigos habían estado á la altura del escultor que se puso á tallar un San Cristobal y acabó por hacer la mano de un mortero.

Por otra parte, cuanto más naturales sean las cosas que pasen en las comedias, tanto más se parecerán las comedias á la vida, que es de lo que se trata. El interés subsistirá por sencilla que sea la acción que se forje, siempre que haya un poco de arte en la composición. ¿O es que se cree que sin sorpresas, líos, maquinaciones ocultas y artificiosas, cartas olvidadas en un manguito ó telegramas puestos en una bota de montar (valga el ejemplo), no es posible interesará nadie? ¡Aviados estábamos! Imagínese una acción humana; píntense los amores de una mujer, los celos de un hombre, las alegrías ó las penas de todos, algo de lo que sucede en este mundo, en fin, y esa será siempre la mejor manera de interesar al público. Digo yo. No estribe el interés en *lo que pasará*, sino en *lo que pasa*. El ideal para mis amigos sería que el público, durante la representación de una de sus obras, se llegase á olvidar de que se hallaba en el teatro. Bien es verdad que para conseguirlo tendrían que empezar por matar á todos los apuntadores, y eso sería un crimen espantoso.

—

En una posdata de su carta de usted, y como quien no quiere la cosa, les pide por favor que le digan por qué le han llamado á *El Patio* comedia y no sainete.

A pesar de que esta pregunta está de sobra contestada con lo dicho, voy á satisfacer su curiosidad.

El sainete, en mi concepto, ha de constar de *un solo acto* y ha de ser *genuinamente popular*, respondiendo así á su tradición y á su historia completa. Bien claro lo prueban, entre los modelos del género, los más famosos y queridos del autor de *La casa de tócame Roque*, y los más preciados de nuestros saineteros del día. Ya sé que ahora, por circunstancias que no son del caso, tiende tan castizo género á ensanchar su campo de acción, pero siempre conservando como requisitos peculiares la pintura de costumbres del pueblo y las dimensiones de un acto solo.

Si se escriben sainetes en dos actos es claro que también pueden escribirse en tres, en cuatro ó en cinco. Y un sainete en tres ó cuatro actos es lo mismo que un entremés en dos. Y un entremés en dos equivale á poner en una mesa melones en lugar de aceitunas.

Pues bien; si el sainete debe estar y está encerrado en esos límites, ¿cómo ha de llamarse una obra cómica en dos actos, donden se pintan costumbres de una clase que no es el pueblo, y la cual está *sujeta desde el principio á una acción*, por vulgar, insignificante y baladí que esta sea? Yo creo que no tiene más nombre que el de *comedia*. A lo sumo podría llamársele *comedia de costumbres*, por más que esta particular distinción obligaría á calificar á otras, que hoy se llaman simplemente comedias, de *comedias de enredo, comedias de caracteres* ó *comedias de disparates*, que también hay algunas.

Finalmente, si el nombre de *comedia* no lo determina la pintura de tipos y costumbres, sino lo abundante y complicado de la acción, el maestro Bretón de los Herreros, el autor de *Marcela*, *El pelo de la dehesa*, *Un dia de campo*, *Un tercero en discordia* y tantas y tantas obras más, el padre de nuestro moderno teatro cómico... escribió poquísimas *comedias*. A buen seguro que pueden contarse.

Y adiós, mi querido amigo. Perdóneme si he sido *más prolijo de lo que usted quisiera*. Ahora me voy á ayudar á los dos hermanos en una tarea que los tiene entretenidísimos. Acaban de recibir *siete gruesas* de chistes y chascarrillos andaluces para las obras que preparan, y los están examinando y clasificando por orden alfabético. Creo que van por la J... Tienen eso muy bien montado. Chistes de primera escena, de segunda, de quinta, de final de acto, etcétera, etc. Le digo á usted que es una maravilla.

Ya me olvidaba de enviarle las gracias en nombre de ellos por los desaforados piropos que les echa usted en pago del favor que les pidé. Afortunadamente, no se *hinchan* con los elogios, y hacen muy bien, ya que no hay nada más fácil que hinchar un autor, aquí donde es cosa tan difícil hinchar un perro.

Mande lo que guste (el periódico entre otras cosas), á su devotísimo amigo y servidor q. l. b. l. m.,

EL DIABLO COJUELO

Madrid 15 Enero 1900 (siglo XIX).

ESTABA ESCRITO

(CUENTO ÁRABE)

Mohamed ben Abderramán, ben Abdelaziz, ben Almudhaffar, ben Abí Obeida, el Yemení, era un magnífico moro. Tenía cuarenta años, grandes riquezas, palacios suntuosos, ligeros corceles en sus cuadras y poéticos y aromáticos jardines. Tenía además, y de ello se pagaba mucho Mohamed, una gloriosa ascendencia, en la que alternaban los más bizarros guerreros y los más distinguidos literatos, descollando, entre estos últimos, el gran Abú Walid, de quien Mohamed estaba muy orgulloso, y á quien nunca olvidaba cuando, por un motivo cualquiera, se veía obligado á traer á cuento su ilustre progenie.

Fiel observador de su religión, cumplía con los diarios rezos, hacía limosnas, ayunaba en el Ramadán, y no tenía más que cuatro mujeres legítimas, si bien repitiendo con el Profeta que, *dos cosas buenas ha dado Dios á los hombres: los perfumes y las mujeres*, y aprovechándose de que si se limitaba el número de las legítimas, en el de esclavas no se ponía tasa, cargó la mano en estas, procurándose el harem más lucidito y bien poblado que pudiera desearse.

En algo se había descuidado, sin embargo. A sus cuarenta años no había ido todavía á la Meca; temía morir sin hacer tan santo viaje y perder entonces el Paraíso, mansión de inefables é innúmeras delicias, y con él las setenta y dos huríes, que, por lo menos, promete el Corán en la otra vida á todo buen creyente.

Llegó día en que Mohamed no pudo resistir más los remordimientos de su conciencia, y decidió hacer la santa peregrinación; y una vez terminados los preparativos, y antes de ponerse en camino, pasó á despedirse de sus dos favoritas.

Entró primero en el aposento de Zaida. Era ésta de alta y aventajada estatura, de hermoso rostro moreno, arrogante presencia, y tan valiente, decidida y animosa, que á ella acudía Mohamed á tomar consejo y valor al salir para sus expediciones guerreras. Vivía en la parte del alcázar que daba al Mediodía, y á sus habitaciones llegaba el sol sin traba ninguna por las ventanas que á darle paso parecían exclusivamente destinadas.

Dióle cuenta Mohamed del objeto de su visita, y siempre galante, le preguntó:

—¿Qué quieres que te traiga de mi viaje?

—Oyeme, señor—le dijo Zaida.—Un obsequio, y grande, puedes hacerme. El jefe de los Fehri, tribu enemiga de la tuya, y constantemente opuesta á su fama, pone en duda tu valor y parece menospreciar á los Yemeni, y á ti más que á otro alguno. Venganza que redunde en gloria tuya es lo que deseo, y la cabeza del Fehri colgada del arzón de tu silla será el mejor recuerdo que de tu peregrinación podrás traerme.

Mohamed, á quien la próxima partida y el abandono de su casa traían mustio, tristón y melancólico, sintióse poco batallador en aquellos momentos, y sin prometer cosa alguna, despidióse de la belicosa Sultana.

Se dirigió después á las habitaciones de Zahara, la bella, dulce, poética y espiritual Zahara.

Era ésta rubia, de ojos de un azul de cielo, tan soñadores y profundos, de tan intensa expresión, que Mohamed nunca se cansaba de mirarlos, y día hubo en que le entraron tentaciones de agarrarse á los párpados y meterse por los ojos de cabeza, para ver qué era lo que en su fondo ocultaban.

—Me voy á la Meca, Zahara mía. ¿Qué quieres que te traiga de mi viaje? Oyeme, señor,—contestó la sultana.—Ya tenía yo noticia de tu ida. Lo he soñado, y he visto en mis sueños que las huríes del Profeta, enamoradas de tí, en el primer rayo de sol que tocaba tu frente al llegar á la Meca, te enviaban sus besos. Yo no quiero que nadie te bese más que yo, y ese rayo de sol es lo que deseo.

A Mohamed, que en aquel momento estaba muy distraído mirando los preciosos pies de la favorita, le pareció aquello una tontería de las gordas; pero como Zahara tenía tal reputación de sentimental y poética, y él no en vano era descendiente del gran poeta, se calló, por si acaso.

Despidióse tiernísimamente de Zahara, y se dirigió á sus habitaciones. Encontróse al paso al jefe de sus eunucos, y le dijo:—Me voy á la Meca; guarda á mis mujeres durante mi ausencia.—Señor—le respondió el eunuco—tus mujeres te quieren bien, y el mismo amor que te tienen las guardará.—Bueno, pero vigílalas tú—replicó Mohamed,—y siguió su camino.

Al llegar á sus habitaciones hizo llamar á Yusúf, su esclavo más fiel, y le dijo:

—Yusúf, me voy á la Meca.

—Buen viaje, señor,—fué lo único que se le ocurrió contestar á Yusúf.

—Tú me acompañarás—añadió Mohamed.—Prepara dos camellos. Saldremos inmediatamente y viajaremos hasta un punto muy cercano del en que se reune la caravana. Descansaremos allí, y al amanecer nos pondremos en marcha para unirnos á la peregrinación.

Así lo hicieron, y apenas llegaron al sitio donde debían hacer noche, Mohamed, que estaba muy quebrantado por las emociones y las fatigas del día, se dispuso á acostarse.

Temió no despertar á tiempo, y, para evitarlo, cogió á Yusúf y poniéndole delante de una ventana que daba á Oriente, y extendiendo el brazo, le dijo:

—Mira en la dirección que te señalo. Cuando por allí, por el sitio en que el cielo y la tierra parecen unirse, veas aparecer el sol, despiértame.

—Está bien, señor—contestó Yusúf sin moverse y mirando al Oriente como un hipnotizado.

Hecho esto, Mohamed se acostó.

En aquel momento empezaba á llover.

.....

¿Cuánto tiempo estuvo acostado Mohamed? No podría él decirlo. Durmió primero con sueño plácido y sosegado; después como sin ganas, sintió hambre, sufrió pesadillas horrorosas; se le antojó el tiempo larguísimo, y por fin, cuando ya empezaba á desesperarse, se presentó Yusúf, y le dijo:—Señor, el sol acaba de aparecer.

Levantóse Mohamed, desayunó con grandísimo apetito, montaron en los camellos y salieron al campo.

La mañana estaba hermosa. El astro rey lucía más puro y esplendente después de la lluvia, y la tierra, todavía húmeda, despedía su olor peculiar y vivificante.

Llegaron al sitio de donde debía partir la peregrinación, y Mohamed se detuvo delante de la casa de un judío con quien quería arreglar algunos asuntos antes de su partida.

—¿Qué trae por aquí el gran Mohamed?—le preguntó el judío apenas le vió.—Vengo á unirme á la caravana.—Imposible, la caravana partió ayer.—¿Cómo ayer, si hoy era el día señalado?—Perdona, Mohamed—replicó el judío;—lo era ayer, y ayer salió.

Mohamed tuvo entonces una idea. Volvióse á Yusúf y le preguntó:—¿Cuánto tiempo estuviste esperando la salida del nuevo sol?—Mucho señor. Al acostarte tú empezó á llover, y la luz que había, desapareció. A la oscuridad que después vino, reemplazó una luz, que quizá sería la del sol, pero no te lo aseguro porque no lo ví. A aquella claridad sucedió la oscuridad de nuevo, y al fin, cesó de llover, salió el sol por donde me dijiste, y te llamé, según me habías ordenado.

Entonces lo comprendió todo Mohamed.

El haber estado lloviendo treinta y tantas horas seguidas fué causa de que Yusúf no viese la salida del sol, que, aunque entre nubes, alumbró la marcha de la peregrinación. Mohamed estuvo por indignarse con Yusúf y hacer que le cortasen la cabeza; pero como al fin y al cabo éste había cumplido sus órdenes, y por otra parte él casi no hacía el viaje más que por compromiso, achacó todo á la fatalidad, y alegróse de ello.—Estaba escrito—murmuró,—y revolviendo el camello, tornóse á su casa y á sus mujeres.

ANTONIO PLA.

Materia y espíritu en arte.

Esa dualidad del espíritu y la materia trae en los conocimientos humanos una división completamente errónea, y es que mientras suponemos toda la poesía y todo el sentimiento en la parte espiritual, endosamos á la otra lo más prosaico y despreciable. No podemos comprender que en la materia exista algo elevado; en contraposición al espíritu, la hacemos deleznable y pecadora, y al hombre que con ella lucha y manipula como el médico, el químico ó el naturalista, lo suponemos desprovisto de idealismos que sólo en los poetas comprendemos.

La literatura, que no la necesita para su expresión como las otras bellas artes, suele ver en la materia la expresión de esa prosa intelectual que nos indica la carencia de poesía y sentimiento. ¿Qué investigador experimental puede ser poeta? ¿Concebimos á un médico que sienta la poesía en la sala de disección, ó á un químico en el laboratorio? Ciertamente que no, y... sin embargo, en la materia existe la fuente inagotable de poesía.

Si, como dice Balzac, «el amor es la poesía de los sentidos», de los sentidos emana el sentimiento poético. El espíritu no es en este caso más que la elaboración de la impresión recibida de la materia, algo así como un proceso de generalización, en el que las impresiones pierden su individualidad para pasar á ser parte de otras diferentes. Así nos sucede con el trabajo puramente fantástico de la imaginación que, coordinando dos ideas independientes, como son, por ejemplo, un castillo y el brillo de la plata, construye mentalmente la imagen de un castillo de plata. ¿Qué hace aquí el espíritu? Generalizar y combinar las impresiones que eran antes puramente individuales.

La materia es nuestra madre y es nuestra inspiración. Ninguna idea abstracta comprendemos si la materia no le da forma. Hasta la idea más espiritual, que es Dios, no la podemos comprender si la forma no nos ayuda; ¿á qué despreciar al que la observa y estudia? El químico, el naturalista, el médico y tantos otros verdaderos materialistas, son poetas en sus investigaciones; arrancan á la Naturaleza secretos de tanta hermosura y grandiosidad, que son lo que el Universo al lado de una alquería, si se los compara con cualquier obra poética y humana.

La materia nos inspira, ya en el conjunto de un paisaje que nos conmueve, ya en las artísticas líneas de una mujer hermosa, ya en el aroma que nos embriaga, ya en su vibración que nos da el sonido, manifestación esta menos sensible pero tan material como la primera.

Y el espíritu, ¿qué poesía nos enseña? ¿Dónde está la tan decantada poesia inmaterial y sublime? Si prescindís de los sentidos y buscais una cosa puramente espiritual, hallareis lo más prosaico del mundo; una cuenta enrevesada, un silogismo, una cavilación profunda: ¿es esto poesía?

No, y mil veces no; la poesía surge de la materia; los dioses más poéticos son los mitológicos, porque encarnan en nuestro modo de ser y sentir; el amor es poético porque, sea ó no genio de la especie, es eminentemente sensible; el encrespado mar, el cielo claro y sereno, los astros brillando en la paz de la noche... eterna fuente de poesía. Siempre también lo será cada secreto arrancado á la materia, y sus investigadores serán los verdaderos poetas del trabajo, como el que lleva á un libro sus impresiones lo es de la observación.

Cantemos la belleza material. Los sentidos son la verdadera fuente de poesía.

JOSÉ DE LAUGI

EL TUTEO DEL AMOR (1)

Para Verdes Montenegro.

—Es inútil que lo niegues, hija mía. No te esfuerces en aparentar lo que no sientes. Tú sufres, lo sé, tengo la evidencia de ello, la tristísima evidencia, porque no puedes figurarte, hijita de mi alma, lo que tu madre se desconsuela al saber que no eres feliz, todo lo feliz que tú te mereces.

—¡Pero, mamá, por Dios! ¡Si no sufro! ¡Si no me ocurre nada! ¡Si soy feliz!

—¡No... no! ¡No insistas! El corazón de una madre no se engaña nunca. Todo el mundo lo dice, pero solamente las madres pueden apreciar bien la verdad de esa frase. Cuando tú lo seas comprenderás lo que yo te digo. No eres feliz, lo sé desgraciadamente, pero lo que necesito saber además es la causa de tus penas, lo necesito, es preciso que me la digas. No te separas hoy de mí sin que me la hayas dicho; te lo mando... te lo suplico, hijita mía... porque tú eres siempre mi hijita ¿no es verdad?... Ya no vives conmigo... vives con tu marido... es natural... pero sigues siendo mi hijita, mi tesorito, mi rubita, la que venía á poner su cabecita aquí, en mi pecho, para contarme cuanto la sucedía y cuanto pensaba... ¿No es verdad, hija mía?

—¿Por qué dices esas cosas, mamita de mi alma? ¿Ves? Ahora sí que sufro, pero es por ti, por verte afligida sin motivo alguno, porque crees...

—¡Lloras!

—Sí... lloro... pero es por eso, por...

—Ven, hija mía... Llora aquí, en mis brazos, como llorabas cuando me referías tus penitas y yo te consolaba... ¡Ojalá que hoy pudiera también consolarte del mismo modo! Pero ya que no pueda hacer otra cosa juntaré mis lágrimas con las tuyas, lloraré contigo... Y si tú quieres no volveré á preguntarte por qué sufres... Mucho me angustian tus dolores, mucho me apenan tus secretos, pero no te diré nada... No haré más que llorar y besarte y abrazarte, apretando mi corazón contra el tuyo, para ver si ellos se entienden sin que nosotras lo sepamos...

—¡Mamá!

—¡Hija mía!

—¡Sufro, sí! No te engañabas. Sufro mucho... Soy muy desgraciada...

—¡Ah!... Habla, habla.

—Soy muy desgraciada, y lo peor es que no debiera serlo.

—¡Claro que no, amor mío! Tú eres digna de ser muy feliz, completamente feliz.

—No es eso, mamá; no es eso lo que he querido decir. No tengo sino motivos para ser feliz, y, sin embargo, soy desgraciada.

—Explícate, hija mía. ¿Cuál es la principal causa de tus penas?

—Ninguna, porque no tengo ninguna pena.

—Pero...

—Mira, mamá, es imposible que yo te explique lo que tengo.

—Comprendo. No te atreves á decírmelo, pero yo te ayudaré, yo te pondré en camino... ¿Tú quieres á tu marido?...

—¡Con toda mi alma!

—¿Y él...?

—Me quiere lo mismo. Estoy completamente segura de su cariño.

—Bien, mucho me alegro, eso es lo principal; pero, en fin, los hombres creen muchas veces que el cariño es compatible con... ciertas cosas... y quizá tu Jaime tendrá... habrá tenido...

—Nada que no sea vivir para mí sola, como si yo fuera la única mujer que existiese en el mundo.

—Mucho me tranquiliza lo que me dices. Entonces será... claro... los hombres, por buenos y cariñosos que sean, suelen tener á veces su geniecillo, y...

(1) Cuento inspirado en la idea de una obra de A. Daudet.—Del libro *Violetas* (cuentos reales y fantásticos) próximo á publicarse.